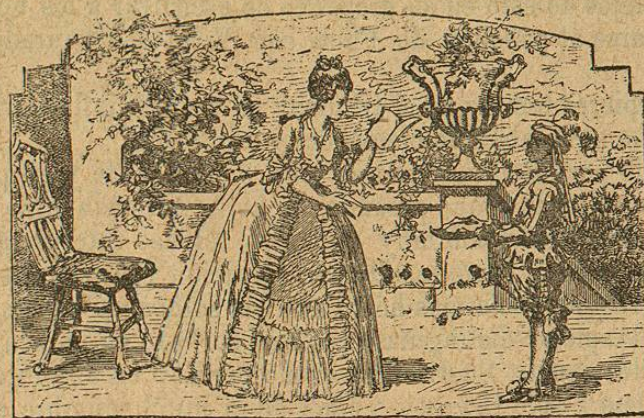


La larga asociación en la tribuna de Danton, esta camaradería de elocuencia, el apoyo de Camilo que lo quería sinceramente, todo este pasado desgarrador estaba cerca de él. Estas sombras llamábanle, no como fantasmas irritados, sino como amigos antiguos en la elocuencia y en la naturaleza.



CAPITULO IV

La fiesta del Ser Supremo (10 Junio del 94.)

Lo que esperaba el pueblo.—Irritación.—Al regreso estalla el furor.

Ninguna fiesta se celebró con tanta alegría. La guillotina desapareció el 19 Pradeal por la noche. Creyóse que era para siempre. Un mar de flores inundó París, cuantas hacían falta para adornar las personas y los edificios de una población de setecientos mil habitantes. Toda ventana debía estar adornada con guirnaldas y banderas. Las madres llevaban rosas, las hijas flores variadas, los hombres ramas de laurel y los viejos hojas de parra. Entre las dos filas inmensas de mujeres por la izquierda y hombres por la derecha marchaba el orgullo de las madres, sus hijos; jóvenes de quince ó dieciséis años, satisfechos llevando una pica adornada con ramas.

Estos ríos vivientes del pueblo, estas riberas de flores, confluyeron como un mar á las Tullerías. Jamás lució en el cielo iris más encantador. Ante el sombrío palacio un largo pórtico improvisado ofrecía á la vista arcadas formadas con guirnaldas.

En el medio instaláronse parterres hasta el balcón que hay debajo del Reloj, donde en un vasto anfiteatro se esperaba á la Convención. Destacábase una tribuna colocada sobre las gradas.

Todos creían que desde aquella tribuna se pronunciarían las palabras de: «¡Gracia para todos; la Revolución ha terminado!»

¿Qué medidas tomaría Robespierre? ¿Se aventuraría á pronunciar estas palabras?

Sin ninguna duda, para responder al pensamiento de las masas era necesario jugar una sorpresa al Terror, peligrosa no para él solamente si no para la Revolución. Robespierre no se aventuró.

Muy lejos de esto en su propósito de asegurar á los terroristas fué á desayunarse al pabellón de Flora con Vilatte, un jurado revolucionario.

Robespierre temía que el tribunal se dejase influenciar por estos rumores que circulaban de clemencia y amnistía.

Ocurrió para Robespierre una cosa mortificante y es que el tribunal llegó muy tarde y que pasando la hora indicada hizo él esperar á la Convención. Esta tomó muy mal este retraso interpretándolo como una insolencia real, como insulto. Su aparición fué recibida con un silencio glacial que hacía más hostil aun las sofocadas reclamaciones del pueblo. Robespierre distinguíase por una corbata de un azul más pálido que las de los demás. Su discurso quedó perdido en absoluto en tan inmenso espacio y solo llegaron á oídos de la muchedumbre algunas palabras: «Perezcan los tiranos. Continuaremos combatiéndolos, etc., etcétera.»

Nada, en fin de lo que se esperaba. Ni gracia, ni clemencia, ni dictadura siquiera.

Descendió de las gradas con la Convención y se detuvo ante un grupo de monstruos: el Ateísmo, el Egoísmo, el etc. y le prendió fuego, surgiendo del grupo consumido la estatua de la Prudencia. Desgraciadamente apareció esfumada y negra con gran satisfacción de los enemigos de Robespierre.

Se camina en largas filas hacia el campo de Marte. Robespierre presidente entonces de la Convención marchaba á la cabeza. Parecía despedir rayos. Creo que fué este día cuando David pintó su retrato. En ningún sitio muéstrase tan terrible su figura. Su sonrisa hace daño. Parece un cadáver galvanizado por el fuego nervioso de una pasión. Es un reptil que se endereza. La impresión que causa su imagen es de odio.

Robespierre habitualmente caminaba de prisa, agitadamente. La Convención no podía ir á este paso. Los primeros quizás maliciosamente se quedaron muy atrasados, dejando aislado á Robespierre. De vez en cuando volvía éste la cabeza y encontrábase solo.

En el campo de Marte elevábase una montaña simbólica para subir á la Convención, á los músicos, á dos mil quinientas personas enviadas de las secciones que debían cantar el himno al Ser Supremo.

Cuando comenzó el canto, las jóvenes arrojaron flores al cielo, las madres levantaron á sus hijos, los jóvenes desenvainaron sus sables y recibieron la bendición de sus padres. La artillería se asoció á la emoción del pueblo lanzando voces que llenaban el espacio.

Robespierre llegó el primero y se encontró en una posición dominante, con la Convención á sus pies. Esta circunstancia, quizás fortuita, fué como la mecha aplicada á la pólvora: originó la explosión. Al regresar se desencadenó el furor. Bourdon, *el Rojo*, parecía un demonio. Merlin de Thionville se convirtió en el Merlin de las batallas, hablando

fuerte y alto, enérgicamente. Sus palabras, lanzadas al espacio, las oyó el pueblo, las comprendió, las profundizó. La indignación de la Asamblea se apoderó de los *sansculotes* que había entre la muchedumbre. Uno dijo después de lanzar contra Robespierre un rudo apóstrofe: «No se contenta con ser señor de todo: quiere ser Dios.»

Las palabras más teatrales, digámoslo así, fueron las de un individuo que se acercó á Robespierre de modo que éste, la Asamblea y la muchedumbre pudieran oírlas: «Te desprecio y te aborrezco».

Este hombre enardecido era Lecointre, un poco ridículo y mucho más loco. Pero nadie se rió entonces. Ser ultrajado en su propia cara y ultrajado por Lecointre, era verdaderamente siniestro para Robespierre.

Este acto de osadía desencadenó todas las lenguas, creciendo el clamoreo á medida que las gentes entraban en París. El pueblo, no sin asombro, veía á la Convención como una maldición viviente seguir á Robespierre. Robespierre marchaba aprisa y la Convención para poder seguirle aceleraba el paso. No tenía este regreso el aspecto de un triunfo sino el de una fuga. El triunfador parecía perseguido. Más pálido que de ordinario sus músculos se agitaban espantosamente. No menos lívidos, ni menos agitados, los que le seguían mostraban una cólera vibrante, envuelta en las frases desesperadas que les arrancaba el odio á Robespierre, que les ahogaba el corazón. El fantástico cortejo, cuando envuelto en densas capas de polvo penetró en el negro palacio, parecía el cortejo de las furias.

